

El Abrigo Pardo

Continuación de la pág. 7.

—Yo veré que Dolan no se comunique con nadie.

—De todos modos—dijo Downey—hay siempre la probabilidad de que un hombre tan listo como es Dolan pueda comunicarle a su mujer, en el supuesto de que no lo sepa ya, en dónde está el dinero, utilizando una carta en clave, o mediante cualquiera indicación; debemos tener cuidado con esto.

—Tendremos cuidado —dijo Mallory enfáticamente— y, por lo pronto, Dolan no podrá hablar con persona alguna, ni con su abogado. Quizá más tarde flaquee y hable.

Pero los días pasaban y Dolan no daba señales de flaquear. Su esposa había sido detenida como supuesta cómplice. Después de un riguroso examen Mallory quedó convencido de que ella no tenía nada que ver en el asunto, y de que no tenía la más ligera idea del paradero del dinero. Más de seis veces había pedido permiso a Dolan para verla o escribirle, permiso que le fué siempre rotundamente negado.

Los reporters de la prensa, por su cuenta, habían buscado infructuosamente; actualmente la policía se había dado a averiguar los movimientos de Dolan desde el momento en que consumó el robo hasta su aparición a la puerta de su casa bajo la vigilancia de los detectives y su inmediata aprehensión. De este modo la policía esperaba hallar alguna indicación del escondite, puesto que la idea de que pudiera éste hallarse en la propia casa de Dolan, había sido abandonada. Dolan se concretaba a mantenerse silencioso.

Finalmente, el reporter Hutchinson Hatch hizo, por la cuarta vez, una infructuosa rebusca en el piso que Dolan habitaba, después de lo cual se dirigió a la Jefatura de la Policía para cambiar impresiones con el Inspector Mallory. Mientras conversaban Hatch y Mallory, hicieron su aparición el señor Ashe, Presidente del Banco, y dos de los miembros de su Directiva; se mostraban sumamente apesadados.

—Hay alguna noticia del dinero —inquirió el señor Ashe.

—Todavía no —contestó Mallory.

—Bien; ¿podríamos hablar con Dolan algunos instantes?

—No creo que puedan ustedes sacar algo después de haberlo intentado nosotros —arguyó Mallory—; pero ello, no obstante, vengan, que por lo menos, daño no les hará.

Dolan no pareció muy gustoso de aquella visita. Se aproximó a las barras de la reja de su celda examinándolos con la mirada. Mas, cuando supo que se trataba del señor Ashe, Presidente del Banco, pareció animarse y en sus labios se dibujó una sonrisa sarcástica. El señor Ashe, sin duda alguna, llevaba dentro de sí alguna idea que él juzgaba excelente, y trataba de darle la mejor forma al exteriorizarla. Antes de hablar al preso se volvió hacia sus compañeros y les habló confidencialmente, mientras Dolan los miraba con curiosidad. Por fin, se dirigió a éste.

—Usted confiesa haber robado al Banco —dijo.

—No hay por qué negarlo —contestó Dolan.

—Bueno... —y el señor Ashe vaciló unos segundos —la Junta de Directores se reunió esta mañana, y quiero decirle a usted algo, en nombre de ellos. Si usted nos dice el paradero del dinero, nosotros, una vez que esté en nuestro poder, haremos cuanto nos sea posible para obtener que la sentencia que se le imponga quede reducida a la mitad. En otras palabras, he aquí la situación, tal como yo la entiendo: usted no ha dado que hacer a la policía, ha confesado el delito, y esto, unido a la devolución del dinero, habrá de serle tenido en cuenta a la hora de juzgarlo. Ya sabe que la pena es de veinte años; pues bien, nosotros podríamos conseguirle tan sólo diez si nos devuelve el dinero.

Mallory reflejaba en su rostro la duda. Se daba cuenta, sin duda, de la inutilidad de tal promesa, pero permaneció silencioso. Quizá si esa proposición provocara algo que pudiera él aprovechar.

—No estoy de acuerdo —dijo Dolan, después de una pausa.— Yo veo la cosa en otra forma. Tengo veintisiete años; me echarán veinte; de esos veinte me quitaré por lo menos dos por buena conducta en la prisión, de modo que me quedarán diez y ocho, al final de los cuales saldré en compañía de ciento nueve mil pesos, rico y en condiciones de retirarme a los cuarenta y cinco años. En otras palabras, mientras esté preso me haré cuenta de que estoy trabajando por un sueldo bueno y seguro, por algo que valdrá la pena. Pocos hombres pueden estar seguros de retirarse a los cuarenta y cinco años.

El señor Ashe se dió rápidamente cuenta de la verdad del punto de vista de Dolan. Era el punto de vista de un hombre a quien la cárcel no intimidaba; el punto de vista de un hombre a quien no le preocupaba permanecer encerrado veinte años a cambio de algo seguro. Nuevamente volvió a hablar con sus compañeros, retirándose a un lado.

—Ahora bien, escúchenme lo que estoy dispuesto a hacer —dijo Dolan, llamándoles la atención.— Si ustedes arreglan el asunto de modo que me echen tan sólo dos años, les doy la mitad del dinero.

Reinó el silencio. Mallory emprendió un paseo hacia el corredor, y con un leve movimiento de cabeza insinuó a Ashe que le siguiera.

—Dígale que sí —le dijo una vez fuera.— Quizá lo entregue.

—Pero —dijo Ashe,— ¿será posible arreglar el asunto como él quiere?

—Claro que no —dijo Mallory—, pero acéptelo. Usted coja su dinero y después déjelo de mi cuenta. Yo me encargaré de él.

Ashe lo miró por unos instantes con cierta expresión de desprecio por la traición que se le proponía; pero pronto reaccionó y la codicia se impuso. Volvió a la celda.

—Aceptamos, señor Dolan —dijo con voz alegre.— Le arreglaremos una sentencia de dos años a cambio de la mitad del dinero. Dolan sonrió levemente.

—Muy bien —dijo—, adelante. Cuando me hayan condenado a los dos años y un abogado de primera me haya arreglado el asunto de modo que nunca vuelva a abrirse



DANDERINA

Una buena cabellera es el detalle personal más importante. Las personas que prestan atención a los detalles saben que Danderina es una loción tónica que presta lozanía al cabello; impide su caída, extirpa la caspa y da vida a las raíces capilares.



el proceso, les diré dónde pueden recibir esa mitad.

—Pero, desde luego, usted ha de decirnos ahora dónde está —dijo el señor Ashe.

Dolan volvió a sonreír, pero esta vez francamente burlón. Fué una sonrisa insinuante, despectiva, en la que el Presidente del Banco vió claramente que su doblez había sido advertida. El señor Ashe permaneció mudo por unos instantes, sonrojado.

—No hay más que hablar —dijo Dolan y se retiró al fondo de la celda, demostrando haber terminado.

—Eh, pero es que necesitamos el dinero ahora —balbuceó el señor Ashe.— Se trata de una gran cantidad de dinero y nos ha dejado derrengados.

—Bueno —dijo Dolan,— cuanto más pronto me consigan los dos años, tanto más pronto se juntarán con él.

—¿Y co... cómo podríamos arreglarlo?...

—Eso es cuenta de ustedes.

Y así terminó la entrevista. El Presidente y los Directores se retiraron trementes de impotencia. Todavía el señor Ashe se detuvo en el despacho de Mallory para cambiar algunas palabras.

—Desde luego que ha sido una bonita labor la de ustedes al dar con Dolan —dijo con acento cáustico—; pero con ello no vamos ga-

Continúa en la pág. 11.



Los niños lloran para que les den

CASTORIA

de Fletcher

¿Qué es Castoria? — La Castoria de Fletcher, tomando en cuenta su composición y el hecho de que su principio activo es vegetal, resulta ser uno de los mejores laxantes y purgantes, sobre todo para los niños, cualquiera que sea su edad.

Su sabor es muy agradable y no contiene opio, ni morfina, ni ninguna otra substancia narcótica.

Tiene la confianza de millones de madres y de la profesión médica. Si su niño necesita un purgante o laxante suave, use

CASTORIA

Fijese en la firma de *Chas. H. Fletcher.* En uso por más de 30 años